



Nºm. 33
30 cts.

Magia negra

por
Josephine Dunn
Earle Fox
etc.

BLACK MAGIC
1928

Magia negra

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

En medio del Pacífico, perdida en la inmensidad azul, está la isla de Pango Lallo.

La civilización blanca no ha llegado allí todavía. Aun son las armas de los indígenas el arco y la flecha, y el alimento la pesca y los frutos del suelo, tal como el suelo los da.

Un día llegó a la isla, procedente de la civilización americana, un hombre blanco, que se estableció allí.

¿Por qué?

El hombre blanco tiene un enemigo temible para desenvolverse en la vida: la conciencia... y ella fué la que empujó al extranjero a aquella tierra, perdida y hospitalaria.

Se llamaba Darrell y fué capitán del Ejérci

100
100
100
100
100
100

Magia negra

200 00

to hasta que perdió a una muchacha, casi una niña aun, abusando de su inocencia y de su credulidad.

Se descubrió la infamia y Darrell fué expulsado del ejército. La vergüenza del desprecio público, la miseria y, lo que es peor, el remordimiento a que está expuesto todo el que conoce el horror, le determinaron a huir de la civilización y dieron con él en el perdido islote.

Algunos meses más tarde apareció en la isla un naufrago, Jaime Fraser, el cual tenía también un grave motivo para temer a la civilización.

Fraser era capitán de un barco que naufragó y se salvó gracias a su villanía. Arrebató el salvavidas a una mujer y así pudo llegar al perdido islote.

Una vez a salvo y tranquilo, libre del loco terror de morir, se dió cuenta de su cobardía y decidió no abandonar jamás aquel islote, donde nadie sabía nada, y donde el aislamiento podía ser un remedio para su vergüenza.

Y aun llegó un tercer viajero. Pero éste no venía solo, sino acompañado de dos bellas muchachas, sus hijas, una de las cuales se llamaba Catalina y la otra, Ana.

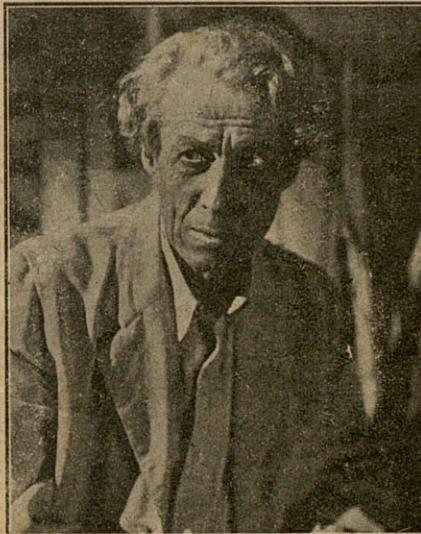
Catalina era una rubia encantadora, lindísima y en cuyos ojos azules se leía la inocencia y la pureza. Era la hermana mayor. Ana era aún casi una niña.

El padre se llamaba Esteban Bradbrooke y había sido cirujano en Norteamérica.

Un día realizó una operación estando embriagado y su mano, trémula e insegura, mató al paciente. La operación era sencillísima. Bradbrooke se dió cuenta de su crimen y tomó la deter-

minación de huir del mundo civilizado, donde todo le recordaba su delito.

Para llevarse consigo a sus hijas les ocultó el verdadero motivo de su viaje. Les habló de una excursión, de un viaje de estudios.



...se llamaba Esteban Bradbrooke y había sido cirujano en Norteamérica.

Y así fué como el capitán, el marino y el doctor, los tres norteamericanos, se reunieron en el islote perdido.

En seguida se sintieron unidos por una inti-

midad de cómplices. Cada uno de ellos hallaba consuelo en el mal de los otros.

* * *

Tres años llevaban en aquel casi ignorado rincón del mundo. Tres años de angustias para Catalina y Ana, a las que su padre prometía siempre partir en el primer barco que pasara para allí, sin partir en ninguno.

En vista de ello, Catalina había resuelto recoger el dinero necesario para los billetes y comprarlos sin consultar a su padre.

Cuando estuvieran comprados, no tendrían más remedio que irse.

Aquella parte de la isla, la parte en que vivían los desterrados, tenía cierto contacto con la civilización, debido a que allí estaba el embarcadero donde se detenían los buques que cruzaban el Pacífico.

Además de nuestros tres fugitivos, había algún otro hombre blanco, que se dedicaba a explotar a los indígenas con negocios de los que éstos no tenían la menor noción y uno de ellos era Zelig, el dueño de un establecimiento de bebidas que se cuidaba de introducir entre los nativos el vicio del alcohol.

Repartía unas cuantas copas diarias y esto bastaba para que aquellos salvajes le adoraran fanáticamente y se sometieran a toda clase de esclavitudes.

El alcohol, en fin, había hecho de Zelig el dueño de la isla.

Los desterrados le habían cobrado gran estimación por el mero hecho de proporcionarles,

aunque pagando, lo único bueno que podían encontrar en aquel ingrato rincón del mundo.

Se pasaban la mayor parte del día en casa de Zelig, entregados a las delicias del ron.

Zelig se mostraba con ellos complaciente y, sobre todo, con Bradbroke, el cual, además de dejarle allí casi todo el producto de sus escasos negocios, como hacían sus compañeros, tenía una hija, Ana, que le gustaba extraordinariamente.

Bradbroke tenía un criado negro, que se llamaba James, y el cual procedía de tierras norteamericanas, por lo que resultaba también un ser extraño en aquella isla, donde imperaban las razas de Oceanía.

James profesaba un cariño verdadero a sus señoritos, cuyo desamparo en aquellas soledades le inspiraba compasión, y cuidaba de ellas celosamente, habiéndolas librado más de una vez de los peligros propios de la selva.

A la sazón, Bradbroke había prometido una vez más a sus hijas que partirían en el próximo barco, y esta vez Catalina y Ana lo creyeron porque tenían ya ahorrado el dinero de los billetes.

El barco estaba muy próximo a llegar y la perspectiva del regreso al país donde nacieron llenaba de ilusión a las hijas de Bradbroke.

II

Siguiendo la pista de su perro, Catalina se había alejado mucho del pueblo y cada vez se alejaba más.

Un indígena que trabajaba en el campo la detuvo.

—¿Dónde va, señorita?

—Hacia allá—repuso Catalina, indicando su dirección—. Mi perro se ha escapado y quiero darle alcance.

El indígena se mostró muy inquieto.

—¡No vaya hacia allí, señorita! No vaya hacia el Pantano. Allí habitan hombres terribles que, si ven el perro, se lo comerán.

Catalina se encogió de hombros y continuó su camino.

Entonces el indígena gritó:

—¡No vaya, señorita, no vaya! Son capaces de comérsela a usted también.

Tampoco ahora hizo caso Catalina.

Continuó corriendo.

De pronto, vió que una cara feroz asomaba por el tronco de un árbol. Se detuvo aterrada y, al tratar de volver sobre sus pasos, vió que otros indígenas de cara semejante le cortaban la retirada.

Todos la miraban con extraño afán y comprendió en seguida que se trataba de los antropófagos de que el indígena le había hablado.

El terrible círculo humano comenzó a estrecharse en torno de ella.

Se vió perdida y, trémula de horror y de angustia, dió un grito, un grito que voló como un ave invisible por toda la selva.

De pronto, cuando la situación parecía irremediable, apareció por un lado del calvero donde la escena se había desarrollado un hombre blanco, que acudió al punto en su defensa, al frente de una patrulla de indígenas armados.

Los antropófagos huyeron al oír el disparo de su revólver.

La patrulla que el hombre blanco capitaneaba continuó la persecución y él y Catalina quedaron frente a frente, contemplándose.

El era joven y musculoso. Catalina no recordaba haber visto en la isla un hombre blanco de parecidas condiciones.

A él le sucedía algo semejante. De aquí que exclamara:

—¿Cómo es que está usted aquí, señorita? ¿Una joven blanca metida en este infierno?

—Hace tres años que vivo aquí con mi padre y mi hermana, pero mañana partiremos.

—Qué casualidad! Yo también me voy en el barco que llegará mañana a la isla.

—Me llamo Catalina Bradroke.

—Yo me llamo Juan Ormsby... Celebro muy de veras que se me haya presentado la oportunidad de servirla.

—Le estoy realmente agradecida. No olvidaré nunca el favor que me ha hecho.

Continuaron hablando en este tono de cortesía, que al punto se convirtió en tono de cordialidad.

Los dos eran jóvenes. Los dos eran de raza blanca. Los dos llevaban mucho tiempo entre los nativos, sin tener en quién depositar su juvenil caudal de simpatía.

Cuando se dieron la mano para despedirse se prometieron ser siempre amigos, no permitir que se enfriara nunca aquella amistad, nacida en tan extrañas circunstancias.

* * *

En su cabaña arreglaba Ana el equipaje cuando apareció Zelig.

Ana le saludó con indiferencia, pero él requirió su atención.

—Le traigo un regalito, Ana, para que seasmos buenos amigos.

Y le ofreció un collar de mucha apariencia, pero de escaso valor.

—Gracias — repuso Ana, tomándolo —, pero permítame que continúe mis preparativos. Tengo mucho que hacer.

Zelig fingió mostrarse conforme de buen grado, pero mientras Ana continuaba arreglando el equipaje, no apartaba de ella una mirada llena de avidez.

Fué acercándose paso a paso.

De pronto, se sintió la muchacha asida violentamente por los brazos codiciosos de Zelig.

Ana dió un grito de angustia y trató en vano de desasirse del anhelante abrazo.

Ya iba Zelig a mancillar los puros labios con los suyos cuando apareció Catalina en el umbral.

Zelig, sorprendido, soltó su presa, pero quedó mirando a Catalina con cinismo.

—¡Salga usted de aquí inmediatamente, canalla! —ordenó la joven.

—No se pongá usted así, Catalina. Todo lo que hay en este poblado depende de mi voluntad y lo que me agrada lo tomo.

En esto se oyó una voz en la puerta.



... — Todo lo que hay en este poblado depende de mi voluntad.

— He aquí su perro, señorita. De poco le ha valido su rebeldía.

Era James, el criado negro. Su habilidad en el manejo del cuchillo y su fuerza de tigre eran famosas en la isla. Estaba apoyado en una jambilla de la puerta y tenía el perro de Catalina en la mano.

Avanzó hacia la joven y, entregándole el perro, dijo con intención:

—Si acaso tiene usted otra fiera que domar, estoy a sus órdenes.

Zelig comprendió la alusión y tomó el partido de dejar la casa.

Pero antes dijo a Catalina:

—¡Acaso sea inútil que preparen su equipaje! A lo mejor, no pueden partir en el barco de mañana, como no han podido partir en los anteriores.

Cuando Zelig se hubo marchado, el primer cuidado de Catalina fué examinar la alcancía donde guardaba sus ahorros.

Las palabras de Zelig le habían hecho concebir una repentina sospecha.

En efecto, la hucha estaba vacía.

—¡Tenía razón al decir que no nos marcharíamos! —exclamó Catalina con desesperación—. Sin duda, papá ha usado de este dinero y ese monstruo lo sabía. ¡Naturalmente! ¡Como todo nuestro dinero va a parar a sus manos!

La desesperación de Catalina contrastaba con el terror silencioso de su hermana.

III

Aquel día había fiesta en la plaza del pueblo, una de las extrañas fiestas indígenas que atormentaban el espacio con sus alardos, sus danzas y sus incesantes redobles de tambor.

Era el día de la partida del barco, el cual estaba ya anclado en el embarcadero.

Por delante de la casa de Zelig, donde los desterrados, como de costumbre, se hallaban entregados a la pasión loca del alcohol, pasó Juan, el salvador de Catalina, el cual andaba desde hacía buen rato rondando por la aldea con la esperanza de dar con su bella amiga.

—¿Quién es ese joven? —preguntó Bradbrooke, señalándole—. Me he enterado de que libró a mi hija de los antropófagos y quisiera darle las gracias.

—Dices que es amigo de tu hija? —exclamó Darrell—. ¡Pues buenas amistades tiene! Ese joven es un pescador de perlas que lleva medio millón de dólares en un saquito.

—Cierto —convino Fraser—. En un saquito que lleva siempre colgado del cuello.

Inmediatamente pasó por el pensamiento de los tres camaradas la misma idea.

Si le obligaran a entregarles el maravilloso saquito...

Estuvieron un instante en silencio, pero, al fin, uno de ellos lanzó la insinuación.

Esto bastó para que se estudiara la cuestión detenidamente y se forjara un plan... un plan acabadísimo e ingenioso, pues en él convergieron tres inteligencias bien dotadas para la versidad.

El único inconveniente que se presentaba era el de que el barco partía aquel mismo día y necesitaban más tiempo para dar cima al proyecto.

Pero este inconveniente se encargó Bradbrooke de solventarlo.

* * *

Inmediatamente se dirigió a su casa.

Ana dormía y Catalina daba vueltas a su magín, estudiando el modo de poner remedio a sus males.

Sin preámbulos, Bradbrooke expuso sus planes a su hija.

Catalina protestó, horrorizada.

—No haré nada en contra de ese hombre. Es la única persona decente que he visto en esta isla infernal.

Bradbrooke la tranquilizó.

—No vamos a hacer nada contra su vida. Sólo se trata de hacerle permanecer aquí hasta el próximo barco. Y eso puedes conseguirlo tú fácilmente.

—¿Con qué fin pretendéis retenerlo?

—Se trata sencillamente de un negocio. De un negocio que nos producirá lo suficiente para partir.

El deseo de regresar a su país hizo vacilar a Catalina. Pero, al fin, iba a triunfar su repugnancia a hacer mal a Ormsby.

De pronto, se oyó balbucear a Ana:

—Suélteme... Suélteme... ¡Catalina, Catalina! Catalina se acercó al lecho.

—¿Qué te sucede?

Y al ver que continuaba durmiendo, la cogió por un hombro y la zarandó suavemente.

—Despierta, Ana, despierta.

Ana despertó.

El terror de la pesadilla se reflejaba aún en sus ojos.

—¡Oh, soñaba que Zelig me cogía!... Es horrible... Ha dicho que es el dueño de la isla... ¡Tengo miedo, hermana, tengo miedo!

Catalina quedó pensativa un instante.

Después dijo, dirigiéndose a su padre, que había contemplado con asombro la escena:

—Está bien. Procuraré detener a Ormsby, si eso ha de servirnos para alejarnos de esta maldita isla.

* * *

Le fué muy fácil deslizarse entre los árboles y atraer a Juan con sus canciones cuando sabía que él rondaba por allí.

Una limpia laguna que había a sus pies le sirvió de excusa para quitarse el vestido. Podría simular que se había bañado y que estaba visitándose.

Aunque se hallaba de espaldas, comprendió por el ruido de sus pasos que él se había acercado y la contemplaba ya con asombro, fascinado por aquellas blancas intimidades, que no había visto hacia tanto tiempo.

Se volvió de pronto y, fingiéndose sorprendida, profirió un grito.

El retiró la cabeza.

Inmediatamente salió Catalina de entre los árboles con el vestido puesto.

Trató de huir, pero él la detuvo.

—Perdóname, Catalina... Le aseguro que no ha dependido de mi voluntad. He mirado sin saber lo que iba a ver y...

—Será mejor que lo olvidemos. En la vida suceden cosas inevitables.

Se enzarzaron en seguida en animada conversación y, charlando, charlando, se dirigieron a la playa.

Poco a poco, Catalina fué olvidándose de su papel y obraba sinceramente. Estaban absortos el uno en el otro.

De pronto, se estremeció Catalina.

—¿Tiene usted frío? —le preguntó Juan.

—Un poco. Y es extraño, porque no lo hace. Acaso la brisa del mar.

Por pronto que pudo darse cuenta, Juan se había quitado la americana y la había depositado sobre sus hombros.

—¡Oh, no! —protestó Catalina—. Se va usted a enfriar.

—No se preocupe de mí.

Pero Catalina insistió en que debía abrigarse y le ofreció un lado de la americana.

De muy buen grado se cobijó Juan en ella.

Lo que sucedió después fué inevitable.

¡Iban tan juntos!... ¡tan juntos!...

Fué un beso largo, lleno de emoción y sinceridad.

Cuando salieron de la embriaguez del beso, los dos estaban transfigurados.

Catalina manifestó con tono anhelante:

—¡Váyase, váyase en el barco de hoy! No se quede, aunque se lo pidan.

—¡Claro que nos vamos!

—No. Nosotros nos quedamos hasta el próximo vapor; pero usted váyase, ¡váyase!

—Pero, ¿qué sucede, Catalina?

—No puedo explicarle nada. No me pregunte usted. Sólo puedo decirle que algún peligro le amenaza.

Y no cesó de insistir hasta que arrancó a Juan la promesa de que se marcharía.

IV

Estaban todos en la plaza, contemplando las extrañas danzas de los indígenas, cuando el barco zarpó.

Anochecía y se veían sus luces como deslizándose sobre el mar.

Todos se volvieron a mirarle.

También lo hizo Catalina; pero su mirada fué atraída inmediatamente por Juan, el cual acababa de aparecer ante ella.

—¡Juan!... ¡Usted!... ¡Me había prometido marcharse!

—Sí, Catalina, pero me he dado cuenta de que ya no puedo separarme de usted.

Y había en el tono de su voz una jovialidad que confortó a Catalina.

* * *

Pasó un entierro, un entierro al estilo de aquella isla.

Llevaban al difunto en un féretro de ramas.

Detrás iba una extraña comitiva dando gritos y saltos.

James, que presenciaba junto a su amo las danzas, con Darrell y Fraser, dijo a Bradbrooke:

—Dicen que ese hombre murió sólo porque el jefe le dirigió una mirada.

Darrell intervino.

—Eso son habladurías.

—Lo cierto es que ese Mike tiene a su gente dominada—replicó James—. Miren ustedes con qué temor supersticioso le contemplan.

En efecto, todos contemplaban atemorizados a Mike, el jefe indígena, el cual se hallaba en medio del corro de danzarines en aquel momento.

—Ese Mike es un mono—dijo Fraser en voz alta.

Mike se volvió, le miró un instante con fijeza. Después avanzó hacia él.

—Eres tú el que has dicho que soy un mono, ¿verdad? Pues voy a demostrarle que el mono eres tú.

Le miró fijamente, fijamente, y Fraser quedó inmóvil.

—¡Eres un mono!—dijo Mike enérgicamente.

Y Fraser comenzó en el acto a saltar, a rascarce los costados y a hacer todos los movimientos de los monos.

Sus compañeros contemplaban a Mike estupefactos, como si no se atrevieran a interponerse entre él y Fraser.

Pero Juan, que, con Catalina, había sido testigo, aunque un poco lejano, de la escena, se acercó al jefe indígena, le puso el revólver sobre el pecho y le ordenó deshipnotizara inmediatamente a Fraser.

Obedeció Mike contra su voluntad, y al darse cuenta Fraser de lo sucedido, requirió las disciplinas que siempre llevaba consigo y azotó al jefe en presencia de todos sus súbditos.

La ira cegó a Mike, el cual exclamó amenazadoramente:

—Morirás, Fraser, por lo que acabas de hacer.

Y tú, Bradbroke, le seguirás. Y después morirás tú, Darrell. Y tú serás el último, Ormsby.

De todos los labios había desaparecido la sonrisa de burla.



—Morirás, Fraser, por lo que acabas de hacer...

* * *

Se fueron a casa de Zelig.

El más nervioso de todos parecía Darrell, al cual dijo Fraser para tranquilizarlo:

—No se apure. No puede morir antes que yo y todavía quiero tomarme una copa.

Las muchachas se habían retirado a su casa y los cuatro sentenciados estaban sentados a una mesa.

Una botella de ron vino a alegrar el ambiente. Fraser se puso en pie y levantó la copa.

Brindó brevemente y se la bebió. Todos fueron a imitarle, pero se detuvieron al ver que Fraser, en vez de sentarse, se desplomaba en la silla.

El doctor se abalanzó sobre él para reconocerle.

—Está muerto—dijo con un tono que hizo saltar a Darrell sobre su asiento.

Ni el mismo Juan pudo evitar que un calorío recorriera sus espaldas.

—¡Esto es horrible!—exclamó Darrell.

—No hay nada horrible en este hecho, amigo mío. Fraser sufrió del corazón y esto no es nada más que una coincidencia.

Pero estaba tan nervioso, que hubieron de sacarlo de allí.

Se dirigieron a casa de Bradbroke, donde el doctor, sin duda para tranquilizar a sus amigos, se fué en seguida a acostarse.

—Podemos evitar la maldición si nos vamos de la isla—dijo Darrell a Juan—. La goleta de Zelig puede servirnos para el caso. Huyamos antes de que muera Bradbroke.

Tan agitado estaba, que Juan hubo de usar de la violencia para tranquilizarle.

—¡Vamos, calma! ¡Parece usted una criatura!

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando oyeron un grito procedente de la habitación del doctor.

Audieron y vieron que Bradbroke se sujetaba fuertemente una muñeca y tenía el rostro desencajado.

—Me ha picado una culebra mamba — exclamó—. La muerte que me espera es horrible, pero yo puedo evitar esa tortura.

Y sin que sus amigos pudieran evitarlo, echó a correr y desde la casa le vieron cómo se despeñaba.

¿Cómo podía dudar ahora Darrell de que su muerte estaba próxima?

Era inútil todo cuanto Juan hacía por tranquilizarle.

El capitán temblaba como un azogado y no cesaba de repetir:

—Ahora me toca a mí, ahora me toca a mí.

Estaba pálido y tenía los ojos desorbitados. De pronto, quitó a Juan el revólver del cinto y echó a correr a través de la noche y el campo.

Juan le persiguió y trató de detenerle, pero no pudo conseguirlo.

Darrell se volvía y le amenazaba con el revólver. Dos veces llegó a disparar.

Ocultándose en los árboles y en los peñascos, llegó hasta las rocas de la costa, donde Juan vió cómo se disparaba un tiro en la cabeza y cómo su cuerpo desaparecía detrás de los peñascos.

Se detuvo Ormsby. Por primera vez pensó en la posibilidad de que la sentencia del faquir fuera cierta.

Tenían que morir cuatro y ya habían muerto tres. Faltaba uno, y he aquí que ese uno era él.

Pero su razón fué más fuerte que aquellos temores y emprendió tranquilamente el regreso a la casa de Bradroke.

A medio camino advirtió las siluetas de Zelig y Meki, que hablaban en medio del campo.

La curiosidad le hizo acercarse cautelosamente a ellos para averiguar de qué hablaban.

V

Zelig estaba en la cabaña de Bradbrooke, acompañando a Catalina, cuando Juan llegó, dando muestras de haber perdido, al fin, la serenidad.

—Zelig—exclamó el joven—. Ya han muerto todos. Ahora me toca a mí. En su mano está evitar que yo muera también. Présteme su goleta y huiré de esta isla.

Catalina fué a cobijarse en los brazos de Juan.

—Sí, huyamos. Huyamos en seguida de este lugar maldito.

Y añadió en tono de súplica, dirigiéndose a Zelig:

—¿Verdad que usted no se niega a prestarnos la goleta?

Pero Zelig sonrió sarcásticamente.

—¿Creen ustedes que estoy loco? Con este temporal no quedaría ni rastro de la goleta, y las goletas no se regalan.

—Le daré la tercera parte de las perlas—ofreció Juan.

Pero Zelig continuaba sonriendo.

—Le daré la mitad—aumentó el joven.

—Pierde usted el tiempo. Para que le deje marchar habrá de darme todas las perlas.

Juan tenía el saquito en la mano y fué a guardárselo en un movimiento de protesta, pero Catalina le cogió la mano.

—Déselas. ¿No vale mucho más su vida que las perlas? Déselas y vaya a la goleta a esperarme. En seguida nos reuniremos con usted mi hermana y yo.

Y le arrebató las perlas de la mano y arrojó despectivamente el saquito a Zelig.



Se fueron a casa de Zelig.

* * *

Apenas hubo Juan desaparecido, apareció Bradbrooke por la puerta de su habitación, seguido de Fraser y de Darrell.

Catalina y Ana quedaron petrificadas por el asombro y por el terror, pero una carcajada de Zelig les hizo sospechar lo que allí había ocurrido.

Bradbroke explicó a su hija:

—Todo ha sido una broma, hija mía. Meki es un buen artista y ya ves con qué facilidad han pasado todas las perlas a nuestro poder. Nosotros queríamos las perlas, pero como somos unos caballeros, no podíamos robárselas. Por eso hemos recurrido a este ardido. Ya ves que no hemos robado las perlas, sino que su mismo dueño nos las ha entregado.

Al oír estas palabras, Catalina tembló de indignación.

—¿Eso han hecho ustedes? ¿Y aun pretenden llamarse caballeros? Son ustedes unos cobardes, unos despreciables rateros.

Y al comprender lo espantoso de la situación, de aquella situación que la forzaba a insultar a su padre, Catalina retrocedió hasta encontrar un punto de apoyo y, recostada en el marco de una ventana, rompió a llorar con desconsuelo.

Ana acudió en su ayuda y le dirigió palabras que pretendían ser consoladoras.

—No te aflijas, hermana mía. Pronto huiremos de aquí y huiremos para siempre.

Pero el dolor de Catalina tenía una segunda causa, una causa que se concretó en esta frase:

—Pero ¿y él? ¿Qué pensará él de mí? Creerá que estoy complicada en todo esto y se llevará de mí un recuerdo de odio. ¡Esto es horrible, hermana mía; esto es horrible porque le amo!

Y, apoyada su cabeza en la de su hermana menor, lloró y lloró amargamente.

* * *

Apenas hubo pronunciado Catalina aquellas palabras, que eran como una explosión de su corazón dolorido, se oyó en la estancia la voz de Juan, que decía enérgicamente:

—¡Todo el mundo quieto!

En aquel momento se disponía a abrir Zelig el saquito de las perlas y hubo de abandonarlo sobre la mesa para levantar las manos.

Juan apuntaba con su revólver al grupo formado por el doctor y sus amigos, y así, y sin dejar de mirarles fijamente, avanzó hasta encontrarse en medio de la estancia.

—Confieso a ustedes, amigos míos—dijo con sorna—, que me tragué el anzuelo. La comedia que han representado estaba tan perfectamente tramada, que después del suicidio del capitán llegó a sentir verdadera aprensión. Pero la casualidad quiso que al regresar a esta casa me tropezara en el camino a Zelig y a Meki, que hablaban confidencialmente. Me acerqué a ellos, lleno de curiosidad, y entonces vi cómo Zelig pagaba al indígena su trabajo y cómo le decía: "Has representado tu papel a maravilla, Meki. El joven pescador de perlas se ha tragado el anzuelo y estoy seguro de que por poder huir de la isla, nos dará todo lo que le pidamos. Perdoná a Fraser si te ha dado los latigazos demasiado fuertes". Lo comprendí todo inmediatamente y, después de tomar ciertas precauciones, he entrado en la cabaña para proseguir la comedia. Podía haberme marchado y ustedes no haberme visto más, pero tenía un especial interés en acla-

rar un punto para mí trascendental, esto es: si Catalina estaba o no complicada en el ardid. He entrado, pues, y he ofrecido a usted, Zelig, las perlas, a cambio de la huída. No crea usted que he sido muy generoso, porque esas perlas son falsas. Las buenas no se han separado un momento de mí. Al ver que Catalina me arrebataba el saquito y se lo entregaba a usted, creí, por un momento, y con verdadero dolor, que el mismo innoble interés guiaba a ella que a ustedes. Pero como al salir me he quedado escuchando junto a la ventana, he tenido la suerte de oír la confesión de amor hacia mí que hacía Catalina a su hermana, y esto me ha vuelto a hacer cambiar de opinión, pues estaba decidido a alejarme de este lugar para siempre, dejándoles como recuerdo las perlas falsas, y ya ven que he entrado, si no para recoger las perlas, sí para llevar conmigo algo que vale más que todas las perlas del Pacífico.

Al terminar este discurso, pronunciado todo él en un tono de fina ironía, se había ido olvidando, poco a poco, de que tenía enfrente cuatro enemigos, y uno de ellos, Darrell, logró situarse a sus espaldas y apuntarle con el revólver.

Iba a disparar. Le habría matado indefectiblemente, de no ser porque Bradroke, en un instintivo movimiento de protesta ante el asesinato que iba a realizarse, delito que no cabía en la relativa perversión de su alma, se abalanzara sobre Darrell para evitar el disparo.

Y con tan mala fortuna lo hizo, que el proyectil que habría ido a incrustarse en la espalda de

Juan se introdujo en su pecho, matándole instantáneamente.

Un grito de Catalina.

En seguida, una voz de Juan y una docena de hombres armados con carabinas aparecieron en el umbral.



Fué un idilio tan largo como sus vidas.

—En mi relato me había olvidado de advertirles que me traje a todos mis hombres por si acaso los necesitaba. Y he aquí que los he necesitado.

Ordenó a Catalina y a su hermana salieran de la casa, pero sólo usando de la fuerza lo consiguió, pues ellas se negaban a dejar el cadáver de su padre.

En tanto los hombres de Juan retenían a Darrell y a sus compañeros en la cabaña, Ormsby y las dos muchachas se dirigían a la goleta de Zelig.

Juan, hombre previsor, ya había enviado a ella los que tenían que tripularla y zarparon en seguida.

El viaje fué un continuo idilio.

Cuando llegaron a tierras americanas lo primero que hicieron Catalina y Juan fué casarse.

Y así pudo continuar el idilio durante años y años. Fué un idilio tan largo como sus vidas.

F I N

Exito sin precedente:

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas para todos. Excelentes asuntos

Número 1: *Mary la buena, Mary la mala*

ESTA SEMANA:

La que no pudo ser mala, por Sara Insúa

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

E.B.